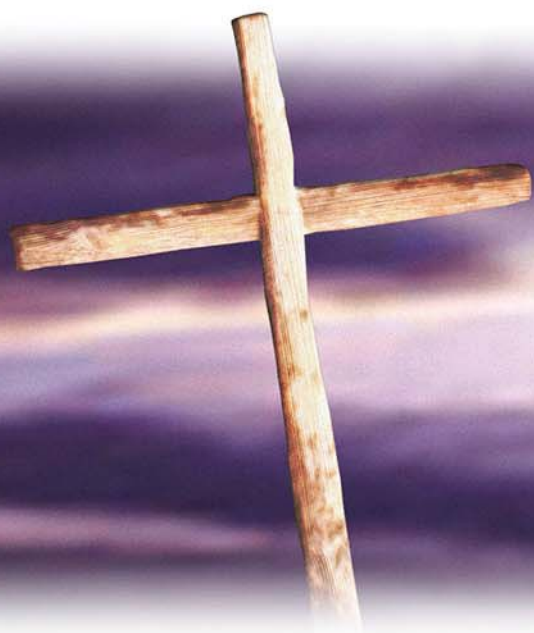


EC

LA CRUZ DE CRISTO

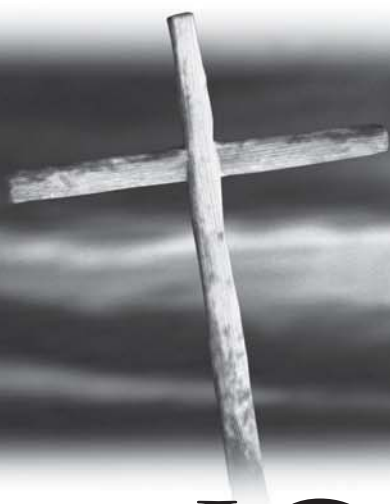


JOHN
STOTT

Lejos esté de mí gloriarme,
sino en la cruz de nuestro
Señor Jesucristo.

Gálatas 6.14

LA CRUZ DE CRISTO



JOHN
STOTT



Ediciones Certeza Unida
Barcelona, Buenos Aires, La Paz.
2008

PRESENTACIÓN

Lo que era objeto de desagrado para los romanos y de repugnancia para los judíos —la cruz—, ha llegado a ser emblema de nuestra adoración y axioma de nuestra fe. ¿Cómo es posible?

‘Jamás podría creer en Dios, si no fuera por la cruz,’ asegura John Stott. ‘En el mundo real del dolor, ¿cómo podría alguien adorar a un Dios que fuese inmune al dolor?’

Stott presenta la centralidad de la cruz en el plan de redención preparado por Dios para el mundo, un mundo que sufre bajo el peso de la injusticia, de la violencia, la corrupción y la amenaza de una crisis ambiental irreversible.

De la pluma de uno de los principales predicadores y líderes cristianos de nuestros días, este es un libro de teología de lectura accesible que ofrece una renovada formulación del significado de la cruz para el mundo actual. En la cruz de Cristo, afirma Stott, se revelan la majestad y el amor de Dios, y quedan expuestos el pecado y la esclavitud del mundo en que vivimos.

Más que un estudio sobre la expiación, este libro presenta las Escrituras en vivo diálogo con la teología cristiana y el siglo xx. Lo que surge de su estudio es un modelo para la vida y la adoración, para la esperanza y la misión del cristiano.

John R. W. Stott es conocido y respetado internacionalmente como un dotado evangelista, predicador e investigador bíblico. Durante muchos años llevó a cabo un ministerio pastoral vigoroso e innovador, como pastor de la iglesia de All Souls, en Londres. Líder entre los evangélicos en el campo de la misión en todo el mundo, fue uno de los que estructuraron el Pacto de Lausana. Ha participado activamente en congresos posteriores vinculados con Lausana, además de intervenir en el diálogo entre evangélicos y católicos romanos en torno al tema de la misión. En los últimos años se ha desempeñado

como director del London Institute for Contemporary Christianity, además de desarrollar un amplio ministerio como orador, especialmente en el Tercer Mundo.

Destinada a ser un estudio clásico de aquello que es central en nuestra fe, la cruz de Cristo, esta obra de Stott es producto de su experiencia como pastor y estudioso de la Biblia. La combinación de erudición, humildad y calidez pastoral son garantía de que el lector será ampliamente recompensado en su mente y en su corazón con la lectura de este libro.

Los editores

CONTENIDO

Prefacio del autor	9
Abreviaturas	17
I Hacia la cruz	
1 La centralidad de la cruz	21
2 ¿Por qué murió Cristo?	61
3 Debajo de la superficie	83
II Lo central de la cruz	
4 El perdón	115
5 La satisfacción	149
6 La sustitución	179
III La victoria de la cruz	
7 La salvación de los pecadores	223
8 La revelación de Dios	271
9 La victoria sobre el pecado	303
IV Vivir bajo la cruz	
10 La comunidad de los celebrantes	337
11 Identidad y servicio	363
12 Amar a nuestros enemigos	393
13 El sufrimiento y la gloria	415
Conclusión	
La profunda influencia de la cruz	451
Apéndices	
Índice de referencias bíblicas	471
Bibliografía	481

Dedico este libro a Frances Whitehead,
en señal de gratitud por treinta años de
servicio caracterizado por su lealtad y
eficiencia. 1956–1986

PREFACIO

Considero que es un enorme privilegio el haber sido invitado por los editores a escribir un libro sobre el tema más grande y glorioso que pueda existir, el de la cruz de Cristo. Los años de trabajo que me ha llevado prepararlo me han enriquecido espiritualmente, mis convicciones se han aclarado y fortalecido, y he afirmado la decisión de dedicar el resto de mis días sobre la tierra al Cristo crucificado y a su servicio liberador.

Estimo apropiado que un libro sobre la cruz formara parte de los festejos celebratorios de las bodas de oro de InterVarsity Press, la editorial de la rama inglesa de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos (CIEE) que, bajo la consagrada conducción de Ronald Inchley y Frank Entwistle, se ha hecho acreedora del reconocimiento de todo el público lector cristiano.

La cruz ocupa el centro mismo de la fe evangélica. Más todavía, como sostengo en este libro, ocupa el lugar central en la fe bíblica e histórica. Los cristianos evangélicos sostenemos que en la persona del Cristo crucificado, Dios ocupó nuestro lugar y llevó sobre sí nuestros pecados, sufriendo la muerte que merecíamos nosotros. Así podemos recibir la gracia de Dios y ser adoptados como hijos en su familia. El doctor J. I. Packer ha escrito acertadamente que esta creencia 'es una marca distintiva de la fraternidad evangélica universal'. La cruz nos lleva 'al corazón mismo del evangelio cristiano'.¹

Por cierto que la centralidad de la cruz ha sido un factor vital en la historia de lo que es hoy la Universities and Colleges Christian Fellowship (UCCF), juntamente con lo que se conoce internacionalmente como la CIEE. En relación con su desarrollo ocurrieron dos hechos particularmente importantes en los primeros decenios de este siglo.

1. J. I. Packer: *What did the cross achieve?*, p. 3.

El primero sucedió cuando, en 1910, la Cambridge Intercollegiate Christian Union (CICCU) se desafilió del Movimiento Estudiantil Cristiano (MEC). Los miembros de la primera de estas entidades tuvieron presente el hecho de que representaban la tradición de Bilney, Tyndale, Latimer, Ridley, Cranmer, los grandes nombres de la Reforma en Cambridge. También miraban retrospectivamente con satisfacción y afecto hacia Charles Simeon, aquel que durante 54 años, como pastor de la iglesia de la Santa Trinidad, había expuesto con fidelidad las Escrituras y que, como lo expresa su epitafio, ‘ya sea como base de sus propias esperanzas o como tema de todo su ministerio, se propuso no saber nada sino a Jesucristo, y a este crucificado’. No resulta sorprendente, por lo tanto, que se fuesen desilusionando ante las tendencias liberales del MEC, y particularmente ante la debilidad de sus doctrinas sobre la Biblia, la cruz e incluso sobre la deidad de Jesús. De modo que cuando Tissington Tatlow, secretario general del MEC, se encontró con los miembros de la CICCU en marzo de 1910, se votó la desafiliación del movimiento. Al año siguiente, Howard Mowll asumió la presidencia de la CICCU y contribuyó a establecer al movimiento que dicha entidad representaba sobre fundamentos evangélicos firmes, de los que nunca se ha apartado.²

Después de concluida la Primera Guerra Mundial en 1918, muchos ex-combatientes ingresaron en Cambridge como estudiantes. Por entonces, la CICCU era mucho más pequeña que el MEC. Sin embargo, los líderes del MEC se acercaron a la mencionada entidad de Cambridge con la intención de lograr que volvieran a unirse a ellos y proveyeran la calidez devocional y el impulso evangelístico que a ellos les faltaba. Para resolver la cuestión, Daniel Dick y Norman Grubb (presidente y secretario de la CICCU) se reunieron con la comisión directiva del MEC en las habitaciones que ocupaba el secretario del MEC, Rollo Pelly. He aquí el relato del propio Norman Grubb sobre esta cuestión crucial.

Después de hablar durante una hora, le pregunté a Rollo.

‘¿Coloca el MEC la sangre expiatoria de Jesucristo en el lugar central?’ Titubeó, y luego dijo. ‘Bueno, la reconocemos, pero no la consideramos necesariamente como algo central.’

2. Ver *Archbishop Mowll* por Marcus L. Loane, especialmente pp. 43–61. Ver también *Whatever happened to the Jesus Lane Lot?* por O. R. Barclay, especialmente pp. 65–70.

Entonces Daniel Dick y yo dijimos que para nosotros en la CICCUC esto resolvía la cuestión. Jamás nos uniríamos a ninguna organización que no mantuviera la centralidad de la sangre expiatoria de Jesucristo; y así nos separamos definitivamente.³

Esta decisión no solo confirmó el voto realizado antes de la guerra respecto a la desafiliación, sino que representó ‘la verdadera fundación de la IVF (rama inglesa de la CIEE), porque apenas unos meses más tarde advertimos que si había sido necesario un CICCUC en Cambridge, organizaciones de la misma índole eran necesarias en todas las universidades del mundo.’⁴ El primer encuentro inter-universitario tuvo lugar en Londres en diciembre de 1919.

En esa época Norman Grubb citaba 1 Corintios 15.3–4 como el versículo clave del modo de pensar del grupo. ‘Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí. Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.’ Hubiera sido difícil hacer coincidir con este pasaje los Objetivos y Bases del MEC, formulados en 1919, que incluían la siguiente afirmación respecto a la cruz. ‘Solo cuando vemos en el Calvario el precio del sufrimiento pagado día a día por Dios mismo por todo el pecado de la humanidad, podemos acceder a una experiencia de verdadera penitencia y perdón, la cual nos libera para que podamos embarcarnos en una manera de vivir enteramente nueva ... Este es el significado de la expiación.’⁵ A esto debemos responder con todo respeto que el significado de la expiación no se ha de encontrar en *nuestra* penitencia evocada por la contemplación del Calvario, sino más bien en lo que *Dios* hizo cuando ocupó nuestro lugar en la cruz en la persona de Cristo y cargó sobre sí nuestro pecado.

La distinción entre una comprensión ‘objetiva’ y ‘subjetiva’ de la expiación debe reiterarse claramente en cada nueva generación. Según el doctor Douglas Johnson, el primer secretario general de la IVF, este descubrimiento fue el hecho decisivo y radical en el giro que experimentó el ministerio del doctor Martin Lloyd-Jones, quien ocupó un indiscutido liderazgo en el mundo evangélico en las décadas

3. Norman P. Grubb: *Once caught, no escape*, p. 56.

4. F. Donald Coggan (ed.): *Christ and the colleges*, p. 17.

5. Tissington Tatlow: *Story of the SCM*, p. 630.

que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Lloyd-Jones confió a varios amigos que ‘en el año 1929 tuvo lugar un cambio fundamental en su perspectiva y en su predicación’. Por supuesto que desde el comienzo de su ministerio había enfatizado el carácter indispensable del nuevo nacimiento. Pero después de predicar una noche en Bridgend, al sur de Gales, el ministro de la iglesia le hizo notar que la cruz y la obra de Cristo parecían tener poco lugar en su predicación. Se dirigió “de inmediato a su librería de segunda mano predilecta y le pidió al propietario dos libros clásicos sobre el tema de la expiación. El librero ... le alcanzó *The atonement* (La expiación) publicado en 1875 por R. W. Dale, y *The death of Christ* (La muerte de Cristo), en 1903, por James Denney. Regresó a su casa y se entregó al estudio, renunciando tanto al almuerzo como a la merienda, ocasionando tal ansiedad a su esposa que telefoneó a su hermano para preguntarle si convenía llamar al médico. Pero cuando finalmente salió de su estudio, declaró haber encontrado ‘la auténtica médula del evangelio y la clave del significado profundo de la fe cristiana’. Así fue como se transformó el contenido de su predicación, a la vez que su impacto. Como él mismo lo expresó, la cuestión básica no era la de Anselmo, ‘¿Por qué se hizo hombre Dios?’, sino ‘¿Por qué murió Cristo?’⁶

Dada la vital importancia que tiene la expiación, como también una comprensión de ella que recupera la interpretación correcta de los grandes conceptos bíblicos de la ‘sustitución’, la ‘satisfacción’ y la ‘propiciación’, dos cosas me han causado enorme sorpresa. La primera es que esta doctrina sigue siendo muy impopular. Algunos teólogos evidencian una extraña resistencia a aceptarla, aun cuando reconozcan que tiene claro fundamento bíblico. Pienso, por ejemplo, en ese destacado estudioso neotestamentario metodista, Vincent Taylor. Su cuidadosa y exhaustiva erudición se ponen de manifiesto en sus tres libros sobre la cruz. *Jesus and his sacrifice* (Jesús y su sacrificio), *The atonement in New Testament teaching* (La expiación en la enseñanza del Nuevo Testamento) y *Forgiveness and reconciliation* (Perdón y reconciliación). El autor emplea una variedad de adjetivos para describir la muerte de Cristo, términos tales como ‘vicaria’, ‘redentora’, ‘reconciliadora’, ‘expiatoria’, ‘sacrificial’ y especialmente ‘representativa’.

6. Agradezco al doctor Douglas Johnson por facilitarme esta información, que complementa los informes de Iain H. Murray en *David Martyn Lloyd-Jones*, pp. 190s.

Pero no se atreve a usar el término ‘sustitutiva’. Después de un detallado examen de la predicación y la doctrina cristiana primitivas, tanto en Pablo, como en Hebreos y en Juan, dice de la obra de Cristo. ‘En ninguno de los pasajes que hemos analizado se la describe como sustitutiva ... En ninguna parte hemos encontrado respaldo alguno para tales puntos de vista.’⁷ Más bien, la obra de Cristo fue ‘un ministerio cumplido para nuestro beneficio, pero no en lugar de nosotros’. Sin embargo, a pesar de hacer estas sorprendentes afirmaciones, Vincent Taylor se sentía incómodo al hacerlas. La vehemencia de las mismas no condice con las concesiones que luego se siente obligado a hacer. ‘Quizás el rasgo de la enseñanza del Nuevo Testamento respecto a la obra representativa de Cristo que más impacto produce’, dice, ‘sea el hecho de que se acerca tanto, aunque sin llegar a cruzarlos, a los límites de la doctrina sustitutiva. El paulinismo, en particular, prácticamente la roza’. Hasta llega a confesar que los teólogos neotestamentarios ‘con demasiada frecuencia nos conformamos con rechazar la sustitución sin llegar a reemplazarla’, y que se trata de una noción ‘que quizás hemos estado más ansiosos por rechazar que por evaluar’.

Sin embargo, lo que voy a tratar de demostrar en este libro es que la doctrina bíblica de la expiación es sustitutiva de principio a fin. De lo que Vincent Taylor huía no era de la doctrina en sí, sino de las crudezas de las que con frecuencia han sido culpables los defensores de la doctrina de la sustitución en su pensamiento y en su expresión de la misma.

Mi segunda sorpresa, en vista de la centralidad de la cruz de Cristo, es que en el lapso de casi medio siglo ningún autor evangélico ha escrito un libro sobre este tema, dirigido a lectores reflexivos. Es cierto que han aparecido varios libros pequeños de divulgación, como también algunas obras eruditas. Quisiera brindar especial tributo al notable esfuerzo llevado a cabo en este campo por el doctor Leon Morris, de Melbourne, Australia. Estamos todos en deuda con él por su obra *Apostolic preaching of the cross* (La enseñanza apostólica sobre la cruz), y me alegro de que haya puesto el contenido del mismo al alcance de los laicos en *The atonement* (La expiación). Morris se ha consagrado como especialista en la extensa literatura de todos los tiempos en este tema, y su obra *The cross in the New Testament* (La cruz

7. Vincent Taylor: *Atonement*, p. 258.

en el Nuevo Testamento) probablemente sea el estudio general más amplio de que se dispone al presente. De esta obra cito con mi cálido apoyo su afirmación de que 'la cruz domina el Nuevo Testamento'.

Sin embargo, hasta la reciente publicación de la obra de Ronald Wallace, *The atoning death of Christ* (La muerte redentora de Cristo) y de la de Michael Green, *The empty cross of Christ* (La vacía cruz de Cristo, 1984), no conozco ningún libro evangélico para los lectores que tengo en mente, desde que apareció la obra de H. E. Guillebaud, *Why the cross?* (¿Por qué la cruz?, 1937), que fue una de las primeras publicaciones de IVF. Fue esta una obra valiente, que encaró frontalmente a los críticos de la doctrina de expiación sustitutiva, y planteó tres interrogantes. (1) ¿Es cristiana? (es decir compatible con la enseñanza de Jesús y de sus apóstoles); (2) ¿Es inmoral? (compatible o incompatible con la justicia); y (3) ¿Resulta increíble? (compatible o incompatible con problemas tales como el tiempo y la transferencia de la culpa).

En mi caso me propongo abarcar un campo más amplio, porque este libro no trata solo de la expiación, sino de la cruz. Después de los tres capítulos introductorios que integran la Parte I, en la Parte II abordo lo que he dado en llamar 'lo central de la cruz', donde definiendo una perspectiva auténticamente bíblica de los conceptos de 'satisfacción' y 'sustitución'. En la Parte III analizo los tres grandes logros de la cruz, a saber la salvación de los pecadores, la revelación de Dios y la victoria sobre el pecado. Pero la Parte IV se ocupa de cuestiones que a menudo se omiten en los libros sobre la cruz, a saber lo que significa para la comunidad cristiana 'vivir bajo la cruz'. Intento demostrar que la cruz lo transforma todo. Nos ofrece una renovada relación de adoración hacia Dios, una nueva y equilibrada comprensión de nosotros mismos, un nuevo incentivo para entregarnos a la misión, una nueva expresión de amor a nuestros enemigos y un renovado coraje para enfrentar las complejidades del sufrimiento.

Al desarrollar el tema que me he propuesto, he tenido presente el triángulo conformado por las Escrituras, la tradición y el mundo moderno. Mi primera preocupación ha sido ser fiel a la Palabra de Dios, permitiéndole decir lo que tiene que decir, sin pedirle que diga lo que quizás yo querría decir. No hay alternativa cuando se hace una cuidadosa exégesis del texto. En segundo lugar, he intentado compartir algunos de los frutos de mis propias lecturas. Al procurar

comprender la cruz no podemos ignorar las grandes obras escritas en el pasado. No tomar en consideración la tradición y la teología histórica equivale a ser desconsiderados para con el Espíritu Santo que ha venido iluminando activamente a la iglesia en todos los siglos. Finalmente, en tercer lugar, he tratado de comprender las Escrituras, no solo a la luz de sí misma y a la luz de la tradición, sino también en relación con el mundo contemporáneo. He tratado de averiguar lo que la cruz de Cristo tiene para decirnos hoy.

El atrevimiento de escribir (y de leer) un libro acerca de la cruz conlleva un enorme riesgo de presunción. Esto se debe en parte a que lo que realmente sucedió cuando 'Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo' es un misterio cuyas profundidades seguiremos explorando durante toda la eternidad; y en parte porque sería impropio pretender adoptar una actitud de fría objetividad al contemplar la cruz de Cristo. Porque nos guste o no, estamos involucrados en la cuestión. Nuestros pecados lo llevaron a la cruz. De modo que, lejos de adularnos, la cruz socava nuestros intentos de autojustificación. Solo podemos contemplarla con la cabeza inclinada y el espíritu contrito. Y allí permanecemos hasta que el Señor Jesús hable a nuestros corazones ofreciéndonos perdón y aceptación, y entonces, atrapados por su amor y henchidos de gratitud, nos dirigimos al mundo para vivir nuestra vida dedicados a su servicio.

Agradezco a Roger Beckwith y a David Turner por la lectura de algunas secciones del manuscrito y sus valiosos comentarios. Estoy agradecido a mis cuatro asistentes de investigación más recientes. Mark Labberton, Steve Ingraham, Bob Wismer y Steve Andrews. Steve Andrews se ha mostrado característicamente meticuloso en la lectura del manuscrito, la preparación de la bibliografía y los índices, el control de las referencias y la corrección de las pruebas.

Pero reservo para el final mi más sentida gratitud hacia Frances Whitehead, quien en 1986 cumplirá treinta años como mi secretaria. Este libro es el enésimo que ha mecanografiado. No tengo palabras para elogiar su eficiencia, su actitud servicial, su lealtad y su constante entusiasmo por la obra del Señor. Con toda gratitud le dedico este libro.

John Stott
Navidad de 1985

ABREVIATURAS

- AG *A Greek-english lexicon of the New Testament and other early Christian literature*, por William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, University of Chicago Press y Cambridge University Press, 1957.
- BA *La Biblia de las Américas*, Fundación Bíblica Lockman, 1986.
- BJ *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1981.
- BLA *La Biblia para las comunidades cristianas de Latinoamérica*, Ediciones Paulinas, 1972.
- CI *Sagrada Biblia*, versión de Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1975.
- DHH *Dios Habla Hoy*, Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1979, 1983, 1994.
- LXX *El Antiguo Testamento griego según la Septuaginta*, III a.C.
- NBE *Nueva Biblia Española*, versión de Luis Alonso Schökel y Juan Mateos, Ediciones Cristiandad, 1975.
- NC *Sagrada Biblia*, versión de Eloíno Nacar Fuster y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 5ª edición 1953.
- NEB *New English Bible*, nt 1961, 2ª edición 1970; AT 1970.
- NIV *New International Version*, NT 1973; AT 1979.
- NVI *Nueva Versión Internacional*, Sociedad Bíblica Internacional, 1999.
- RSV *Revised Standard Version*, NT 1946, 2ª edición 1971; at 1952.

- RV 1960 *La Santa Biblia Reina-Valera*, Revisión 1960, Sociedades Bíblicas Unidas.
- RV 1977 *La Santa Biblia Reina-Valera*, Revisión 1977, CLIE.
- RVA *La Santa Biblia Reina-Valera Actualizada*, Mundo Hispano, 1982.
- VHA *Versión Hispano-americana del Nuevo Testamento*, Sociedades Bíblicas Unidas.
- VM *Versión Moderna*, de H. B. Pratt, 1893; revisada por la Sociedad Bíblica Americana, 1929.

SECCIÓN I
HACIA
LA CRUZ

1

LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ



HOLMAN HUNT, LÍDER DE UNA COFRADÍA DE PINTORES PRE-RAFAELISTAS EN INGLATERRA, EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX, PINTÓ *LA SOMBRA DE LA MUERTE*. Muestra el interior del taller de carpintería en Nazaret. Con el torso desnudo, Jesús está de pie junto a un caballete de madera donde ha apoyado el serrucho. Dirige la mirada hacia el cielo; la expresión de su rostro es de dolor, de éxtasis, o ambos. Tiene ambos brazos levantados por sobre la cabeza, estirándose. Al hacerlo, la luz del atardecer que penetra por la puerta abierta arroja una oscura sombra en forma de cruz sobre la pared del fondo, donde el estante para las herramientas semeja una viga horizontal sobre la que sus manos han sido crucificadas. Las herramientas mismas nos recuerdan el fatídico martillo y los clavos.

Hacia la izquierda de la escena, en primer plano, una mujer está arrodillada entre las virutas de madera. Sus manos descansan sobre el cofre que guarda los valiosos obsequios de los sabios de Oriente. No podemos ver su rostro, porque lo ha apartado. Es María, y parece estar alarmada (o da esa impresión) ante la sombra en forma de cruz proyectada por su hijo sobre la pared.

Aquella escuela de pintores ha sido catalogada como sentimentalista. No obstante, fueron artistas serios y sinceros; el propio Holman Hunt estaba decidido, como él mismo lo expresó, a 'luchar contra el arte frívolo de la época' y su tratamiento superficial de temas trillados. Con ese propósito estuvo en Tierra Santa entre 1870 y 1873, y pintó *La sombra de la muerte* en Jerusalén, sentado en la terraza de su casa.¹ Si bien se trata de una escena imaginada por el pintor, teológicamente es acertada. Desde la juventud de Jesús, incluso desde su mismo nacimiento, la cruz proyectaba su sombra. Su propia muerte era el eje de su misión y la iglesia siempre lo ha reconocido así.

1. Ver la obra de Julian Treuherz: *Pre-Raphaelite paintings*, de la Galería de Arte de la ciudad Manchester, donde está expuesta *La sombra de la muerte*.

Imaginemos a un extranjero que visita la catedral de San Pablo en Londres. Supongamos que se ha formado en una cultura no cristiana y no sabe prácticamente nada acerca del cristianismo. Sin embargo, es más que un simple turista; está personalmente interesado en el tema y deseoso de aprender.

Mientras camina por una de las calles que llevan a la catedral, lo impresiona lo grandioso del edificio y se maravilla de que Sir Christopher Wren hubiera podido concebir semejante edificio después del gran incendio que soportó Londres en 1666. Mientras trata de captar con la mirada toda esa grandeza, lo impresiona la enorme cruz dorada que domina la cúpula.

Entra a la catedral y se ubica en su centro, debajo de la cúpula. Trata de captar el tamaño y la forma del edificio, y advierte que el trazado de la planta baja, que incluye la nave mayor y la transversal, tiene forma de cruz. Da una vuelta caminando y observa que cada una de las capillas laterales contiene algo que se asemeja a una mesa, sobre la que se destaca en forma prominente una cruz. Baja las escaleras hacia la cripta para ver las tumbas de hombres famosos como el propio Sir Christopher Wren, Lord Nelson y el duque de Wellington; en cada una hay una cruz tallada o en relieve.

Cuando vuelve arriba, decide quedarse para el servicio que está a punto de comenzar. El hombre a su izquierda lleva una pequeña cruz en la solapa, mientras la señora que está a su derecha tiene una que pende de su cuello. El visitante vuelve su vista hacia los coloridos vitrales en la ventana que da al este. Aunque no puede percibir los detalles desde donde está sentado, no puede dejar de advertir que el diseño del ventanal incluye una cruz.

De pronto la congregación se pone de pie. El coro y los clérigos hacen su entrada, precedidos por una persona que porta una cruz. Están cantando un himno. El visitante observa la hoja para el culto de la fecha y lee las siguientes palabras iniciales.

Cantamos alabanzas a aquel que murió,
A aquel que murió sobre la cruz.
Aunque la humanidad pone en ridículo
la esperanza del pecador,
Nosotros, por ella, damos la espalda al mundo.

Lo que sigue después es el servicio de santa comunión, centrado en la muerte de Jesús. El visitante así lo entiende porque, cuando las personas que están cerca de él se adelantan para recibir el pan y el vino, el ministro les habla del cuerpo y la sangre de Cristo. El servicio concluye con otro himno.

Cuando contemplo la maravillosa cruz
 Sobre la que murió el Príncipe de gloria,
 Todo lo que tengo me parece nada,
 Y aparto con desprecio toda mi soberbia.

No permitas, Señor, que llegue a gloriarme
 Sino en la cruz de Cristo, mi Dios;
 Todas las vanidades que más me seducen,
 Las sacrifico a su sangre.

El servicio concluye. Pero un matrimonio se queda. han traído a su hijo para ser bautizado. El visitante se acerca a ellos junto al bautisterio; observa cómo el ministro deja caer unas gotas de agua sobre la criatura y luego hace sobre su frente la señal de la cruz, diciendo. ‘Te hago la señal de la cruz, para mostrarte que no debes avergonzarte de confesar la fe en el Cristo crucificado.’

El visitante sale de la catedral impresionado, pero perplejo. La reiterada insistencia por medio de palabras y de símbolos en la centralidad de la cruz ha sido abrumadora. Pero han surgido interrogantes en su mente. Parte del lenguaje que han usado le ha parecido exagerado. ¿Realmente es verdad que los cristianos, por amor a la cruz, estiman el mundo como pérdida, que se glorían solo en ella, y que sacrifican todo por ella? ¿Puede con justicia resumirse toda la fe cristiana como ‘la fe en el Cristo crucificado’? ¿Cuál es el fundamento —se pregunta— de esta concentración total en la cruz de Cristo?

La señal y el símbolo de la cruz

Toda religión y toda ideología tienen su símbolo visual, que ilustra algún aspecto significativo de su historia o de sus creencias. La flor del loto, por ejemplo, aunque fue usada en la antigüedad por los chinos, los egipcios y los indios, en la actualidad se asocia particularmente con el budismo. Por su forma circular, se la considera como símbolo del ciclo del nacimiento y la muerte, o como símbolo del

surgimiento de la belleza y la armonía en medio de las turbias aguas del caos. A veces se representa a Buda entronizado en una flor de loto totalmente florecida.

El judaísmo antiguo evitaba el uso de señales y símbolos visuales, por temor a quebrantar el segundo mandamiento que prohíbe la confección de imágenes. Pero el judaísmo moderno ha adoptado el Escudo o Estrella de David, una figura hexagonal formada por la combinación de dos triángulos equiláteros. Este símbolo habla del pacto de Dios con David en el sentido de que su trono sería establecido para siempre, y de que el Mesías descendería de él. El islamismo, la otra creencia monoteísta que surgió en el Medio Oriente, está simbolizado por una media luna creciente. Al comienzo representaba una fase del ciclo lunar, pero ya antes de la conquista musulmana constituía el símbolo de la soberanía en Bizancio.

Las ideologías contemporáneas también tienen sus signos universalmente reconocidos. El martillo y la hoz del marxismo, que el gobierno soviético adoptó, en 1917, de una pintura belga del siglo XIX, representan la industria y la agricultura; las herramientas están entrelazadas para representar la unión entre obreros y campesinos, las fábricas y el campo. Por otra parte, se ha comprobado que la cruz svástica existía hace ya 6.000 años. Los brazos de la cruz svástica están torcidos en el sentido de las agujas del reloj para simbolizar ya sea el curso del sol en el firmamento, el ciclo de las cuatro estaciones, o el proceso de creatividad y prosperidad (la palabra *svasti* significa 'bienestar' en sánscrito). A comienzos de este siglo, sin embargo, esta figura fue adoptada por algunos grupos germanos como símbolo de la raza aria. Luego se la apropió Hitler, y se convirtió en el siniestro símbolo del fanatismo racial nazi.

El cristianismo, por lo tanto, no constituye una excepción por lo que hace a la posesión de un símbolo visual. Con todo, la cruz no fue el primero de sus símbolos. Al comienzo, los cristianos sufrían acusaciones absurdas e intensa persecución. Por lo tanto, 'tenían que ser muy cautos y evitar las demostraciones abiertas de su religiosidad. Por ello la cruz, que ahora es el símbolo universal del cristianismo, fue evitada en un comienzo, no solo por su asociación directa con Cristo, sino también por su vergonzosa asociación con la ejecución de criminales comunes'.²

Los primeros motivos pictóricos cristianos presentes en las paredes y techos interiores de las catacumbas (cementerios subterráneos en las afueras de Roma, donde probablemente se ocultaban los cristianos que eran perseguidos), parecen haber sido menos comprometedores. Incluían el pavo real (que supuestamente simbolizaba la inmortalidad), la paloma, la palma de la victoria de los atletas y, muy particularmente, el pez. Solo los iniciados sabían, y nadie más podía llegar a adivinarlo, que la palabra *ichtys* ('pez' en griego) era una sigla para *Iesus Christos Theou Huios Sotēr* ('Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador'). Pero no perduró como signo del cristianismo, sin duda porque la asociación entre Jesús y el pez estaba basada puramente en una sigla (en este caso una disposición fortuita de letras), pero no tenía significado visual en sí mismo.

Algo más tarde, probablemente durante el segundo siglo de esta era, los cristianos perseguidos parecen haber preferido pintar temas bíblicos tales como el arca de Noé, Abraham sacrificando el cordero en lugar de su hijo Isaac, Daniel en el foso de los leones, sus tres amigos en el horno ardiente, Jonás en el momento de ser devuelto por el pez, algunos bautismos, un pastor llevando en brazos una oveja, la curación del paralítico, y la resurrección de Lázaro. Todos ellos constituían símbolos de la redención en Cristo, pero no resultaban comprometedores, ya que solo los instruidos en el tema estarían en condiciones de interpretar su significado. Era frecuente que, con las dos primeras letras de la palabra griega *Christos* (*Chi-Rho*) se formara un criptograma, a menudo en la forma de una cruz, y a veces con una oveja adelante, o una paloma.

Un emblema cristiano que se aceptara universalmente debía, obviamente, hablar de la persona de Jesucristo. Había muchas alternativas. Los cristianos hubieran podido elegir el pesebre donde fue puesto el niño Jesús cuando nació. O el banco de carpintero en el que trabajó siendo joven en Nazaret, dignificando así el trabajo manual. Podría haber sido el barco desde el cual enseñó a las multitudes en Galilea, o el paño que se ciñó para lavar los pies de los apóstoles, lo cual hubiera hablado de su espíritu de humildad en el servicio. También estaba la piedra que, al ser quitada de la entrada de la tumba de José, hubiera

2. Michael Gough: *Origins of Christian art*, p. 18. Ver también J. H. Miller: 'cross' y 'crucifix'; *Christian world*, ed. Geoffrey Barraclough; y *Cross and crucifix* por Cyril E. Pocknee.

servido como símbolo para proclamar su resurrección. Otra posibilidad era el trono, símbolo de la soberanía divina compartida por Jesús, tal como Juan había visto en una visión. También podría haber sido la paloma, símbolo del Espíritu Santo enviado desde el cielo el día de Pentecostés. Cualquiera de estos símbolos hubiera resultado adecuado para señalar alguno de los aspectos del ministerio del Señor. No obstante, el símbolo elegido fue una sencilla cruz. Sus dos varas ya constituían desde antiguo un símbolo cósmico del eje entre el cielo y la tierra. Pero los cristianos lo eligieron por una razón más específica. No querían que la conmemoración de Jesús tuviera como centro su nacimiento ni su juventud, enseñanza, servicio, resurrección o reinado. Tampoco el don del Espíritu Santo. Eligieron como central la crucifixión.

El crucifijo (es decir, una cruz a la que se fija una figura de Cristo) no parece haber sido usado antes del siglo VI. Sin embargo, al menos desde el siglo II en adelante, los cristianos no solo dibujaban, pintaban y tallaban la cruz como símbolo gráfico de su fe, sino que también hacían la señal de la cruz sobre sí mismos o sobre otros. Uno de los primeros testimonios de esta práctica la ofrece Tertuliano, el abogado y teólogo del norte de África que se destacó alrededor del año 200 d.C. Escribió así.

A cada paso que avanzamos, a cada movimiento que hacemos, cada vez que entramos y salimos, cuando nos vestimos y nos calzamos, cuando nos bañamos, cuando nos sentamos a la mesa, cuando encendemos las lámparas, cuando nos reclinamos o nos sentamos, en todas las acciones comunes de la vida cotidiana, trazamos sobre nuestra frente la señal de la cruz.³

Hipólito, el estudioso presbítero de Roma, es un testigo particularmente interesante, porque se ha hecho conocer como un ‘reaccionario declarado que durante su propia generación representaba más el pasado que el futuro’. Su famoso tratado *La tradición apostólica* (alrededor del 215 d.C.) ‘asegura en forma explícita que solo registra las formas y estilos de los ritos que ya son tradicionales y las costumbres largamente establecidas, y que escribe como deliberada protesta contra

3. Tertuliano: *De corona*, cap. III, p. 94.

las innovaciones.⁴ Por lo tanto, cuando describe ciertas 'observancias eclesiásticas', podemos estar seguros de que ya se venían practicando una o más generaciones antes. Menciona que la señal de la cruz era usada por el obispo cuando ungía la frente de los candidatos durante la confirmación. Hipólito la recomienda para las oraciones privadas. 'Imita siempre a Cristo, haciendo con sinceridad la señal en la frente, porque esta es la señal de su pasión.' También, agrega, es una protección contra el mal. 'Cuando seas tentado, sella siempre reverentemente tu frente con la señal de la cruz. Porque esta señal de la pasión se muestra y se hace manifiesta contra el diablo si la haces con fe, no para ser visto por los hombres, sino por tu conocimiento presentándola como un escudo.'⁵

No hay razón para desdeñar este hábito como supersticioso. Al menos en su origen, la señal de la cruz tenía como fin identificar, e incluso santificar cada acto como perteneciente a Cristo.

Hacia mediados del siglo III, cuando Cipriano era obispo de Cartago, el emperador Decio (250–251 d.C.) desencadenó una terrible persecución. Miles de cristianos prefirieron morir antes que ofrecer sacrificios al emperador. Ansioso por fortalecer la moral de los creyentes, y para estimularlos a aceptar el martirio en lugar de renegar de su fe cristiana, Cipriano les habló del valor de la ceremonia de la cruz. 'Adoptemos también para proteger nuestra cabeza el yelmo de la salvación ... para que nuestra frente sea fortalecida, a fin de preservar segura la señal de Dios.'⁶ En cuanto a los fieles que soportaron la prisión y se arriesgaron a morir, Cipriano los alabó en estos términos. 'Vuestras frentes, santificadas por el sello de Dios ... han sido reservadas para la corona que el Señor os dará.'⁷

Richard Hooker (teólogo anglicano y prominente figura de Londres en el siglo XVI) aplaudió el hecho de que, a pesar de que los paganos se burlaban de los sufrimientos de Cristo, los primeros Padres de la iglesia eligieron la señal de la cruz (en el bautismo) antes que cualquier otra señal.⁸ Hooker era consciente de las objeciones de

4. Gregory Dix (ed.): *Apostolic tradition of St Hippolytus*, p. XI.

5. *Ibid.*, pp. 68–69.

6. Cipriano: *Ad thibaritanos IX*.

7. Cipriano: *Da lapsis 2*.

8. Richard Hooker: *Ecclesiastical polity*, libro V, cap. LXV.20, 'Of the cross in baptism'.

los puritanos. ‘Santiguarse y otras muestras semejantes del papismo, que la iglesia de Dios en tiempos de los apóstoles nunca conoció’ no deberían usarse, decían los puritanos. Afirmaban que no correspondía añadir invenciones humanas a las instituciones divinas, y que existía siempre el riesgo del uso supersticioso indebido. De la misma forma en que el rey Ezequías destruyó la serpiente de bronce, así debía también abandonarse la señal de la cruz. No obstante, Hooker se mantuvo en su posición. Sostenía que, en asuntos que no resultaban incompatibles con las Escrituras, los cristianos debían tener libertad. Por otro lado, la señal de la cruz tenía una aplicación saludable. ‘Es para nosotros una advertencia ... a gloriarnos en el servicio de Jesucristo, sin bajar la cabeza como avergonzados de algo, aunque seamos objeto de reproche y oprobio a manos de este mundo malo.’⁹

Constantino, el primer emperador que se declaró cristiano, dio impulso adicional al uso del símbolo de la cruz. Según Eusebio, en vísperas de la batalla del puente Milvio, que le permitió imponer su dominio en Occidente (312–313 d.C.), Constantino vio en el cielo una cruz luminosa, junto con las palabras *in hoc signo vinces* (‘vence con esta señal’). Inmediatamente la adoptó como emblema y la hizo colocar en los estandartes de su ejército.

No importa lo que pensemos sobre Constantino y el desarrollo de la ‘cristiandad’ después de su dominio, lo cierto es que la iglesia preservó fielmente la cruz como su símbolo central. En algunas tradiciones eclesiásticas el candidato al bautismo todavía recibe la señal de la cruz, y es muy probable que en la sepultura de un cristiano se coloque una cruz sobre su tumba. De este modo, desde el nacimiento cristiano hasta la muerte cristiana, por así decirlo, la iglesia procura identificarnos y protegernos mediante una cruz.

La ‘locura’ de la cruz

La elección que han hecho los cristianos de la cruz como símbolo de su fe resulta más sorprendente todavía cuando recordamos el horror con que se consideraba la crucifixión en el mundo antiguo. La ‘palabra de la cruz’ que predicaba Pablo constituía para muchos de sus oyentes un motivo de tropiezo y, más todavía, una ‘locura’ (1 Corintios 1.18, 23). ¿Cómo podría una persona en su sano juicio adorar a

9. *Ibid.*, libro v, cap. LXV.6.

un hombre que había sido condenado como criminal, y sometido a la forma más humillante de ejecución? Esta combinación de muerte, crimen y vergüenza lo excluía de toda posibilidad de merecer respeto, y mucho menos adoración.¹⁰

La crucifixión parece haber sido inventada por los ‘bárbaros’ en las fronteras del mundo conocido, y adoptada luego tanto por los griegos como por los romanos. Probablemente sea el método más cruel de ejecución jamás practicado, porque demora deliberadamente la muerte hasta haber infligido la máxima tortura posible. La víctima podía padecer durante días antes de morir. Cuando la adoptaron los romanos, la reservaron para los criminales declarados culpables de asesinato, rebelión o robo a mano armada. No se aplicaba a ciudadanos romanos sino a esclavos, a extranjeros, o a cualquier otro considerado indigno de ser tenido por persona. Por eso los judíos se indignaron grandemente cuando el general romano Varo crucificó a dos mil judíos en el año 4 a.C., y cuando el general Tito, durante el sitio de Jerusalén, crucificó a tantos fugitivos de la ciudad que no podía hallarse espacio ‘para las cruces, ni cruces para los cuerpos.’¹¹

Los ciudadanos romanos estaban eximidos de la crucifixión, excepto en casos extremos de traición. En uno de sus discursos, Cicerón la condenó como ‘un castigo sumamente cruel y vergonzante.’¹² Poco después declaró. ‘Atar a un ciudadano romano es un crimen, flagelarlo es una abominación, matarlo es casi un acto de asesinato; crucificarlo es ... ¿qué diré? No hay una palabra adecuada para describir una acción tan horrible.’¹³ Cicerón fue aun más explícito en la exitosa defensa que hizo del anciano senador Cayo Rabirio, que había sido acusado de asesinato. ‘La sola palabra [cruz] no debería figurar en el léxico del ciudadano romano; más aun, debería ser desterrada de sus pensamientos, sus ojos y sus oídos. Es indigno de un ciudadano romano y de un hombre libre no solo soportar los procedimientos propios de la crucifixión sino también el verse expuesto a ellos, a la

10. Ver especialmente las pp. 1–10 de la obra de Martin Hengel: *Crucifixion*, cuyo título original era *Mors turpissima crucis* (La muerte decididamente infame de la cruz), expresión usada primeramente por Orígenes.

11. Ver los relatos de Josefo en *Antigüedades* XVII.10.10 y *Guerras de los judíos* V.XI.1.

12. Cicerón: *Proceso a Verres* II.v.64, par. 165 (en la edición citada por el autor).

13. *Ibid.*, II.v.66, par. 170 (en la edición citada por el autor).

expectativa, incluso a la sola mención del hecho.’¹⁴

También los judíos contemplaban la crucifixión con horror, aunque por una razón diferente. No hacían diferencia entre un ‘árbol’ y una ‘cruz’, y por lo mismo tampoco entre un ahorcamiento y una crucifixión. Por lo tanto, aplicaban automáticamente a los criminales crucificados la temible declaración que contenía la ley. ‘Maldito por Dios es el colgado’ en un ‘madero’ (literalmente, ‘árbol’; Deuteronomio 21.23). Para los judíos era inaceptable que el Mesías de Dios pudiera morir sometido a esa maldición, colgado de un árbol. Como le expresó el judío Trifón al apologista cristiano Justino, durante un diálogo con él. ‘Sobre esto me siento sumamente incrédulo.’¹⁵

De modo que los oponentes del cristianismo, ya fueran de trasfondo romano, judío, o ambos, no perdían oportunidad de ridiculizar el hecho de que el ungido de Dios y Salvador de la humanidad había terminado su vida sobre una cruz. La sola idea resultaba absurda. Esto lo ilustra bien un grafito del siglo II descubierto en el monte Palatino en Roma, en el muro de una casa que según algunos entendidos era usada como escuela para los pajes de la corte imperial. Es la representación más antigua que tenemos de la crucifixión, y se trata de una caricatura. El tosco dibujo muestra, extendido sobre una cruz, la figura de un hombre con cabeza de asno. A la izquierda se encuentra otro hombre, con un brazo levantado en actitud de adoración. Garabateadas al pie del dibujo se encuentran las palabras ALEXAMENOS CEBETE (vale decir *sebete*) THEON, ‘Alexamenos adora a Dios’. La caricatura se encuentra ahora en el Museo Kircherian, en Roma. Cualquiera sea el origen de la acusación de que adoraban asnos (de lo que se acusaba tanto a judíos como a cristianos), lo que se ridiculizaba en este caso era la sola idea de adorar a un hombre crucificado.

Se puede percibir la misma actitud de burla en Luciano de Samosata, el escritor satírico pagano del siglo II. En su obra *Sobre la muerte de Peregrino* (un converso cristiano imaginario al que muestra como un charlatán), Samosata satiriza a los cristianos por ‘adorar al sofista crucificado y vivir sometidos a sus leyes’ (p. 15).

14. Cicerón: *En defensa de Cayo Rabirio*, v. 16, p. 467 (en la edición citada por el autor).

15. Justino Mártir: *Diálogo con Trifón*, cap. LXXXIX.

La perspectiva de Jesús

Hay una sola explicación posible de por qué la cruz llegó a ser el símbolo cristiano, y por qué los cristianos obstinadamente lo mantuvieron a pesar del escarnio de que era objeto. La razón es que la centralidad de la cruz había nacido en la mente de Jesús mismo. Es por lealtad a él que sus seguidores se aferraban tan tenazmente a esta señal.

¿Qué evidencias hay de que la cruz ocupaba el centro en la perspectiva del propio Jesús? El único atisbo que tenemos del desarrollo mental del niño Jesús es el que se nos ofrece en el relato de lo que ocurrió cuando tenía doce años, momento en que sus padres lo llevaron a Jerusalén durante la Pascua. Sin darse cuenta, José y María lo perdieron de vista. Cuando lo encontraron en el templo, 'sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles', lo reprendieron. Le dijeron que lo habían estado buscando ansiosamente. '¿Por qué me buscabais?' respondió con candorosa inocencia. '¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?' (Lucas 2.41-50). Desearíamos que Lucas hubiera dado más detalles. Pero no los da, y debemos ser cautelosos para no leer allí más de lo que la narración misma ofrece. Con todo, podemos afirmar sin lugar a duda, que ya a los doce años de edad Jesús hablaba de Dios como 'mi Padre' y sentía un fuerte impulso a ocuparse de los asuntos de su Padre. Sabía que tenía una misión que cumplir. Su Padre lo había enviado al mundo con un propósito. La misión encomendada debía ser llevada a cabo; el propósito debía cumplirse. Cuáles eran esa misión y ese propósito, es lo que se irá mostrando gradualmente en la narración de los Evangelios.

Los evangelistas sugieren que tanto en el bautismo como en la tentación, Jesús se consagró a sí mismo a seguir el camino de Dios en lugar del camino del diablo. En cada caso, eligió la vía del sufrimiento en lugar de la popularidad y la aclamación. Marcos (a quien siguen en este sentido Mateo y Lucas) señala un momento posterior en el que Jesús empezó a enseñar claramente este concepto. Fue el hecho decisivo de su ministerio, la línea divisoria en su vida pública. Después de haberse retirado con sus discípulos al distrito del norte, alrededor de Cesarea de Filipo, al pie del monte Hermón, les preguntó frontalmente quién pensaban que era él. Cuando Pedro declaró

abruptamente que era el Mesías de Dios, Jesús les advirtió de inmediato ‘que no dijese esto de él a ninguno’ (Marcos 8.29–30). Ya antes les había dado instrucciones de mantener el ‘secreto mesiánico’. Pero ahora sucedió algo nuevo.

[Jesús] comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente.

Marcos 8.31–32

La expresión ‘claramente’ traduce la palabra *parrēsia*, que significa ‘con libertad de expresión’, sin secretos. Su mesianismo había sido un secreto hasta aquí, porque aún no había sido entendido correctamente. El pueblo esperaba como Mesías a un líder político revolucionario. Juan nos dice que en el momento cumbre de la popularidad de Jesús en Galilea, después de haber alimentado a cinco mil personas, las multitudes querían ‘apoderarse de él y hacerle rey’ (Juan 6.15).

Ahora que los apóstoles habían reconocido y confesado claramente su identidad, Jesús podía explicarles abiertamente la naturaleza de su carácter mesiánico. Pedro reprochó al Señor, horrorizado por el destino que había predicho para sí mismo. De inmediato Jesús lo reprendió severamente. El mismo apóstol que, por revelación del Padre, había confesado a Jesús como el Mesías divino (Mateo 16.16), ahora había sido engañado por el demonio para que negara la necesidad de la cruz. ‘¡Quítate de delante de mí, Satanás!’ dijo Jesús, con una vehemencia que debe haber asombrado a sus oyentes. ‘... no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.’¹⁶

Se alude a este incidente como la primera ‘predicción de la pasión’. Hubo antes alusiones al pasar (por ej. Marcos 2.19–20); pero en esta ocasión no había ambigüedad alguna. La segunda fue hecha poco después, cuando Jesús iba pasando de incógnito por Galilea. En esa ocasión les dijo a los Doce.

El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día.

Marcos 9.31

16. Mr. 8.31ss; ver Mt. 16.21ss; Lc. 9.22ss.

Marcos dice que los discípulos no entendieron lo que quería decirles, y tenían temor de preguntárselo. Mateo agrega que ‘se entristecieron en gran manera’ (Marcos 9.30–32; Mateo 17.22–23). Este probablemente fue el momento en que, según Lucas, Jesús ‘afirmó su rostro para ir a Jerusalén’ (Lucas 9.51). Estaba decidido a cumplir aquello que se había escrito de él.

Jesús hizo su tercera ‘predicción de la pasión’ cuando estaban en camino a Jerusalén. Marcos describe vívidamente el temor que la decisión del Señor produjo en sus discípulos.

Iban por el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante, y ellos se asombraron, y le seguían con miedo. Entonces volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer. He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.

Marcos 10.32–34

Mateo se expresa de manera similar y Lucas agrega el comentario de que ‘se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre’.¹⁷

La narración de Marcos adquiere solemnidad con esta triple reiteración de la predicción de la pasión. Lo expresa de manera tal que deliberadamente va preparando a los lectores, de la misma forma en que Jesús intencionalmente preparó a los Doce para los terribles acontecimientos que iban a ocurrir.

¿Qué es lo que más impacto produce en la narración? No es el hecho de que Jesús sería traicionado, rechazado, y condenado por su propio pueblo y sus líderes. Tampoco el hecho de ser entregado a los gentiles que primero se burlarían de él y luego lo matarían. Ni la declaración de que tres días después iba a resucitar de los muertos. Lo que más asombra no es ni siquiera el hecho de que Jesús en cada ocasión se identifica como el ‘Hijo del hombre’ (la figura celestial que Daniel había visto en su visión, viniendo en las nubes de los cielos, a quien se otorgaba autoridad, gloria y poder soberano, y recibía la

17. Mt. 20.17–19; Lc. 18.31–34.

El lugar de la cruz es central en nuestra fe y es allí donde se revelan la majestad y el amor de Dios. Nuestros pecados fueron llevados a la cruz y allí fuimos reconciliados con nuestro Dios.

No hay lugar más importante para el cristiano que la cruz de Cristo.

Jamás podría creer en Dios si no fuera por la cruz.

John Stott nos ayuda a comprender el significado de la cruz de Cristo, fundamento y modelo para la vida, la adoración, la esperanza y la misión del cristiano.



John Stott es uno de los predicadores y líderes cristianos de mayor prestigio en nuestros días. Es pastor y autor de más de 40 libros traducidos a más de sesenta idiomas. Con sabiduría y autoridad, comparte las enseñanzas bíblicas de una forma profunda pero a la vez práctica y directa. Sus escritos son joyas en cualquier biblioteca, y obligatorios para quien desee acercarse al texto bíblico con una lectura fiel y seria.



ANDAMIO

Certeza
Argentina



Crecimiento espiritual
Discipulado y nuevos creyentes
ISBN 978-950-683-145-5



9 789506 831455